

EL LAZARILLO DE TORMES

En 1549 apareció en Burgos el siguiente libro: *Cartas de Rhua, lector de Soria, sobre las obras del reverendísimo señor Obispo de Mondoñedo dirigidas al mismo*. (Al fin:) *Burgos*, Juan de la Junta, 1549, 8º gótico, 92 folios. En 1554, se publicó también en Burgos, *La Vida de Lazarillo de Tormes: y de sus fortunas y adversidades*, 1554. (Al fin:) Impreso en Burgos en casa de Juan de Junta. Año de mil quinientos y cinquenta y cuatro años, 8º gótico, 48 hojas. Como se sabe, esta edición puede ser la primera de las tres de ese año que se conocen del *Lazarillo*.

Pedro de Rhua ¹⁾ es un personaje enigmático. Casi nada se sabe de su vida. Sus cartas a Guevara (1480-1545) muestran una escrupulosa erudición. ¿Por qué no las publicó en vida de Guevara? ¿Qué secreta inquina existía para el delicioso autor de las *Epístolas* en el ánimo del bachiller Rhua? Probablemente atormentaba al bachiller la manía de Guevara de citar de memoria y casi siempre mal, la abundancia farragosa de falsas citas de las *Epístolas*. Un hombre tan medido, tan parco, no podía tolerar la fluencia retórica del gran escritor. Las cartas de Rhua van como un millar de flechas a dar en el blanco. Recibir las de este corresponsal oficioso y

1) Rúa fué el nombre de una de las más antiguas parroquias de la ciudad de Burgos, según MARTÍNEZ ANÍBARRO: *Diccionario biográfico y bibliográfico de la provincia de Burgos*, Madrid, 1889, p. 30. Transcribe Martínez Aníbarro algunas de las composiciones en verso de un manuscrito de las poesías del Sacristán de Rúa, nacido en 1584. ¿Este versificador barroco y quevediano conserva la tradición de un seudónimo? Probablemente Pedro de Rhua es seudónimo de un maestro de gramática atildado, sabio y fino prosista.

no hacerles caso, fué lo que ocurrió. Le molestarían sin duda a Guevara, pero ¿qué representaban en la universal admiración estas epístolas de un maestro de gramática de Soria que se asombraba cada día más ante el desdén del incorregible citador? Este menosprecio de Guevara, para el maestro olvidado de Soria, tendría mucho de irritante. El que conocía tan bien los libros, que con tanta exactitud citaba, vivía ignorado, y el Obispo de Mondoñedo, de inexacta y despreciable erudición gozaba de inmensa fama y de grandes honores. No debe existir probablemente peor mal que ser enemigo de un hombre como Guevara, que ofrece tantos puntos para la censura y que a la vez sirven para encantar a sus lectores.

Véase un párrafo de las *Cartas*: “Dice más: Cuando era cónsul Marco Porcio, vino un músico desde Grecia a Roma, que añadió una cuerda al instrumento con que tañía, y por esto fué el instrumento quemado y el maestro desterrado, etc”. Esto no se lee de Porcio Catón... (Riv. 13, 243, c. 2). Sabido es que los romanos contaban los años por los consulados y por acontecimientos triunfales. Horacio, que Rhua sabía de memoria, recuerda así los años: “Oh ánfora, nacida como yo en tiempo del cónsul Manlio”, *Odas*, III, 21, etc. El autor del *Lazarillo* procede en idéntica forma: “Esto fué el mismo año que nuestro victorioso emperador en esta insigne ciudad de Toledo entró, y tuvo en ella cortes”.

El Bachiller Pedro de Rhua se muestra satírico con Guevara en su condición de “de obispo, de coronista, de teólogo y de religioso”. “No debía a vuestra señoría Soria el tratamiento que le hace; no digo lo que dice que el monasterio es húmedo, porque a eso los frailes respondan, que sabrán mejor por qué se dijo... (Riv. 13, 231, a). Por donde se ve que el bachiller no mira con buenos ojos a los frailes de Soria. Parece que tuviera siempre presente el Diálogo de Mercurio y Carón en sus reprensiones mordaces al obispo Guevara: “Nuestro señor su reverendísima persona guarde y favorezca con su gracia por largos años, para que dé luz con su sancta predicación a los ánimos...” (Id., 231, b). El bachiller de la Rhua tiene el tono de los erasmitas españoles. Conoce a Erasmo y lo cita: “Esto vería vuestra Señoría muy bien en Erasmo, en las *Chiliades*”... El *Lazarillo* lleva levadura erasmista en lo solapado y en los temas de la sátira.

Guevara abusa en las *Epístolas* de la frase: “Escrebisme, señor, que os escriba,” (Riv., Id., 86, a; 91, b, 96, c, etc.) Probablemente el bachiller no le pondría buena cara a esta repetición continua. La tiene el Lazarillo: “y pues vuestra merced escribe se le escriba y relate el caso muy por extenso”.

Guevara fué el primero — que yo sepa — en escribir la vida de un criado famélico. Hace una novela del breve y célebre relato, que trae Aulo Gelio, de Andrónico y el león. Figura en la epístola XXIV, fechada en “Toledo a 25 de agosto de 1529 años”. Las *Epístolas* se publicaron en 1539 y 1540. En 1540 escribe sus cartas Rhua. Si el Lazarillo parodia este relato de Guevara no pudo ser escrito antes de 1540. Guevara empieza así el relato puesto en boca de Andrónico (Riv., XIII, 112): “Has de saber invictísimo César, que yo soy natural de Esclavonia, de un lugar que se llama Mantica... Yo me llamo Andrónico, y mi padre se llamó Andrónico”, etc. El Lazarillo empieza: “Pues sepa vuestra merced ante todas cosas que a mí llaman Lázaro de Tormes, hijo de Tomé González y de Antona Pérez, naturales de Tejares, aldea de Salamanca”. La parodia es visible. El avariento amo del noble Andrónico le hacía trabajar tanto, como a único criado, que según dice al César: “yo amasaba, aechaba, molía y cernía y cocía el pan, y allende desto aderezaba de comer, etc. (Rivad., XIII, 112). Se le ocurre a Guevara citar en la epístola VI las palabras de César: “Vine, vi y vencí”. El emperador Tiberio, escribiendo a su hermano Germánico, decía así: “Los templos se guardan, los dioses se sirven, el senado pacífico, la república próspera”, etc. Y más adelante: “César venció, Pompeyo murió, Rufo huyó, Catón se mató”... (Id., XIII, 88, c). Guevara, sin saber, se convertía en preceptista español del estilo latino que por su forma se llama *Veni, vidi, vici*. En el *Lazarillo* aparece este estilo. Parodia a César, cuando dice el clérigo a Lázaro: “Toma, come, triunfa, que para ti es el mundo, mejor vida tienes que el Papa”. El estilo *veni, vidi, vici*, del Quijote se inspira con el del *Lazarillo* y quizá en la retórica ciceroniana. Hasta hoy se ha creído que en el *Lazarillo* la única erudición estaba en algunas citas “no muy recónditas por cierto, que de Plinio, de Cicerón, de Galeno, de Alejandro Magno, del Evangelio y de Ovidio hace”, como afirma Bonilla. Pero hay un correr subterráneo de conoci-

mientos literarios que probablemente un maestro de gramática, como es el bachiller, maneja diariamente. Veamos algunas. “Yo por bien tengo que cosas tan señaladas, y por ventura nunca oídas ni vistas, vengan a noticia de muchos y no se entierren en la sepultura del olvido, pues podría ser que alguno que las lea, halle algo que le agrade, y, a los que no ahondasen tanto, los deleite”. El *yo* inicial, decorativo y burlón, es comienzo clásico. El *Ille ego*, con que empezaba la *Eneida*. “Yo soy aquel”, de las traducciones de la época. Acostumbran los autores latinos vanagloriarse de la novedad de la materia que tratan. ¿Quién no recuerda a Lucrecio (IV, 1, 2)?: “Recorro regiones antes no halladas del dominio de las Piérides”. La miel del borde del vaso del mismo Lucrecio (IV, 12, 13) se convierte: “y a los que no ahondasen tanto los deleite”.

El *Lazarillo*, esta “nonada que en este grosero estilo escribo”, se cuenta entre los libros mejor escritos de la primera mitad del siglo XVI. Las obras de Guevara están escritas, como se indica en los títulos “en muy dulce y nuevo estilo”, *Marco Aurelio*, 1531. Guevara ha escrito en “alto estilo”. El “grosero estilo” puede indicar una oposición a Guevara. Nace este estilo del asunto. Lázaro debe hablar en su propia lengua, según el precepto horaciano, y esta lengua es “grosero estilo”; lo contrario del otro grosero estilo, del *agrestis enim tum musa vigeat*, de Lucrecio. Garcilaso llama a la *Égloga III*, tan artística, “esta inculta parte de mi estilo”, porque trata de campo. Tácito en la *Vida de Julio Agrícola*, que el autor de *Lazarillo* probablemente conocía, llama a este libro escrito en “lengua grosera y mal cumpuesta”. Parece que el final del *Lazarillo* fuera una parodia de las últimas páginas de la *Vida de Agrícola*: “Porque él había llegado a la cumbre de los verdaderos bienes, que consisten en las virtudes”. Lázaro, el reverso de Agrícola, estaba en la prosperidad “y en la cumbre de toda buena fortuna”, pues poseía los falsos bienes, la prosperidad sin virtud y sin honor. El estilo del *Lazarillo* tiene la concisión del *sermo cotidianus* de las *Sátiras* de Horacio.

En el *Prólogo*, dice Lázaro que pareció mejor no tomar el relato de su vida “por el medio, sino del principio”. Toda vida empieza por el principio, la de Agrícola, de Tácito, la de Andrónico, según Guevara; el poema épico empieza por el medio, la *Odisea*, la *Eneida*. Horacio da la norma en su *Poé-*

tica: in medias res (148-149). El autor del *Lazarillo* conoce pues muy bien a Horacio y, al hacer la salvedad, se defiende del lector y apunta la causa por la cual no sigue el consejo del poeta latino.

El *Lazarillo* tiene aspectos de sátira horaciana. Las sátiras de Horacio llegan en esta época a su mayor influencia. En todo escritor apunta el satírico, el que corrige vicios, el que instruye deleitando. Esta propensión satírica, adquiere en el ambiente europeo un decoro que quizá no sea el de la Edad Media. Si un poeta como Horacio no hubiese escrito sátiras hubiera faltado en el Renacimiento a este género su abolengo. El poeta lírico, el poeta virgiliano, puede abstenerse de la sátira, detenerse cuando se siente arrastrado; por eso Garcilaso se refrena:

*Mas, ¿dónde me llevó la pluma mía
que a sátira me voy mi paso a paso
y aquesta que os escribo es elegía?*

Cada género tiene sus límites. La observación minuciosa del autor del *Lazarillo* es horaciana. “Un pequeño libro, harto chico para lo mucho que entretiene”, según la bella observación de Bonilla. Es la técnica latina. El mayor número de cosas en el menor número de palabras. Así escribe Horacio. Obsérvese el estilo, el vocabulario, todo denuncia el exacto conocimiento de la sátira latina del *sermo cotidianus*. Quizá abuse de las reflexiones morales. Este abuso puede ser parodia de Guevara y una manera propia de escribir del bachiller de Rhua, como puede verse en sus cartas. Confróntese el *Lazarillo* con Juvenal y Persio, tan estudiados en el Renacimiento. Del Juvenal del *Lazarillo* al de Quevedo hay mucha distancia, pero ya se advierte en esta obra.

Se ha insistido acerca de la amplitud y mérito de los tres primeros tratados del *Lazarillo*. En los restantes decae la densidad de observación y el trabajo de los caracteres. El Ciego, el Clérigo y el Escudero son figuras imborrables, figuras velazqueñas, como observa Bonilla.

El Ciego y el Clérigo, representan la avaricia. El Escudero, muy adaptado a la época, es el *Miles gloriosus*, el soldado fanfarrón. Son tipos de Plauto. Al enfrentarse la vida de

Lázaro con otros personajes no elaborados por la comedia, se encuentra con tipos sin contenido interior. La acción va entonces por lo externo. La Edad Media contribuyó a diseñar los tipos. El Arcipreste se había inspirado en idénticas reflexiones al hablar del pecado de la avaricia; recuerda al mendigo Lázaro:

*Tú eras avaricia, eres escaso mucho,
al tomar te alegras, el dar non lo has ducho...
Por la gran escaseza fué perdido el rico,
que al poble Sant Lázaro non dió solo un zatico...*

Navarro y Ledesma — según cita de Américo Castro — ve en el Escudero y Lázaro algo del dualismo de Don Quijote y Sancho Panza. Ese dualismo de Don Quijote-Sancho se ve mejor en el *Miles*, es el de Pyrgopolinices-Artotrogus. La proyección de Plauto es profunda en el *Quijote*. En ciertos momentos el *Quijote* es comedia y el héroe manchego se convierte en Miles y Sancho sonríe desde su mirador de Artotrogus. ¿Cómo podía ser de otra manera en una cultura tan impregnada de Plauto y que hace posible ya la obra de Molière, encarnación definitiva en la literatura moderna del cómico latino.

Los apartes de Lázaro en el tratado III, son apartes de la comedia, del *Miles*. Compárese el comienzo del acto primero del *Miles*: *Curate ut splendor*, con las palabras del Escudero en alabanza de su espada: “¡Oh si supieras, mozo, qué pieza es esta!”... Conviene comparar, para ver las semejanzas y diferencias, este admirable tratado del *Lazarillo* con la comedia de Plauto.

El bachiller de Rhua, conoce e interpreta los textos latinos. Sigue una feliz tradición que el Imperio romano hereda de los griegos, que se prolonga en la Edad Media y que florece hoy en Europa. Léase la *Carta II* del Bachiller. Se verá cuán bien sabe e interpreta a los autores latinos y con qué secreta vena satírica ve a los hombres. El personaje — el ínfimo “antihéroe” plautiano ve lo ridículo, y la comedia encierra la sátira para hacer reír. Con Juvenal, dice muy bien Pichon, Plauto será el pintor “des petites gens”. La esfera del *Lazarillo* es, pues, la de la sátira y la comedia, un mundo de “pequeñas gentes” vive en él. Una historia cotidiana se desen-

vuelve, concisa, sin dar jamás ni en la elegía, ni en la égloga, ni en la oda, ni la epopeya. El lirismo de Plauto está alejado por la norma del *sermo cotidianus* de Horacio y Juvenal. Muy raras veces aparece de burlesco contenido emotivo, de parodia elegíaca: “¡Oh, Señor mío, dije yo entonces, a cuánta miseria y fortuna y desastres estamos puestos los nacidos, y cuán poco duran los placeres de esta nuestra trabajosa vida!” Exclamación un tanto garcilasista (*Elegía I*, 76-78):

*¡Oh miserables hados! ¡Oh mezquina
suerte la del estado humano, y dura,
do por tantos trabajos se camina!*

ligeramente tocada del recuerdo de las coplas de Manrique, en la boca de Lázaro, del: cuán poco duran “los placeres y dulzores — de esta vida trabajada — que tenemos”.

¡Los trabajos de la vida! “Y vean que vive un hombre con tantas fortunas, peligros y adversidades”, dice el *Prólogo* del *Lazarillo*. En Salamanca, en 1550, se publicaron los primeros trece libros de la *Odisea*, traducidos por Gonzalo Pérez. Esta traducción es de capital importancia. Se ha dicho que la historia de una literatura es la historia de sus traducciones. Verdad innegable. ¿El autor de la *Vida de Lázaro* leyó la *Odisea* en texto latino o en la traducción de Gonzalo Pérez? La historia plautiana del area del clérigo parece parodia del *Canto II* de la *Odisea*. El mismo Lázaro lo dice: “Parecíamos tener a destajo la tela de Penélope, pues cuanto el tejía de día, rompía yo de noche”. Es cierto que la tela de Penélope es un lugar común, pero en el *Lazarillo* se advierte la lectura de la *Odisea*:

*Ella texía entre día aquí en su casa
esta prolixa tela; y a la noche...
lo que había tejido destexía.
Tres años nos detuvo en este engaño,
sin que dexase nadie de creerla...*

“Miserias, fortuna y desastres”, “fortunas, peligros y adversidades”, ¿qué son, dentro del tema de las “miserias del hombre”, sino poner de nuevo en escena la peregrinación de Uli-

ses que así presenta la traducción de Gonzalo Pérez?: “Que por diversas tierras y naciones — anduvo peregrino, conociendo — sus vidas y costumbres... Pasando mil trabajos y fortunas — Huyendo de la muerte miserable, — Librados de la mar y del peligro...” ¿Quién es Lázaro sino una parodia del errante Ulises a quien acecha, Neptuno implacable, el hambre? De aceptar el *Lazarillo* como parodia odiseana, nacida de la influencia de Gonzalo Pérez, debió ser escrito entre los años 1550-1554. El autor podía conocer la *Odisea* en texto latino y quizá en el griego. El bueno de Lázaro dice que asentó “por hombre de justicia con un alguacil. Mas poco viví con él, por parecerme oficio peligroso. Mayormente, que una noche nos corrieron a mí y a mi amo a pedradas y a palos unos retraídos. Y a mi amo que esperó trataron mal; mas a mí no me alcanzaron. Con esto renegué del trato”. ¡Este sí que es el anti-Amadís, el anti-héroe! No es sátira la de Horacio, sino humilde confesión hecha a su amigo Pompeyo Varo (*Odas*, II, 7): “Contigo padecí la derrota de Filipos, y en la fuga acelerada abandoné cobardemente el escudo, viendo que se estrellaba nuestro arrojo y que los más valientes mordían el polvo ensangrentado”. Los valientes, que se retiraron haciendo frente al enemigo, cayeron, dice Horacio, en tanto que él, que huyó, pudo salvarse. De diferentes maneras se ha interpretado la conducta de Horacio. Quizá el poeta latino agregue al hecho histórico una reminiscencia de Arquíloco. *Lazarillo*, al contar lo que le acaeció, cae bajo la condena de Micer Federico del *Cortesano* (II, 39): “en lo cual, aunque quizá no se haya atravesado culpa de ellos, todavía les cabe dellos alguna sombra de infamia, o por lo menos algún deslustre, como hacía un caballero que todos conocéis bien, el cual, cada vez que delante del se hablaba de la batalla de Parmesana contra el rey Carlos, luego con gran diligencia comenzaba a contar de qué manera había él huído...” El fragmento de Tibulo que empieza *Rumor ait crebo*, se parece mucho al pasaje: “cuando alguno siento que quiere decir algo della...”

¿Cómo podremos entender a los autores del siglo de oro si los sacamos de donde ellos quisieron estar? Se ha abusado mucho, hasta hace poco, de achacar al estilo latinizado los defectos de la prosa de escritores del siglo XV y de algunos del

XVI, hasta llegar al llamado culteranismo. Pero hay muchos matices.

La “lengua hablada” del *Lazarillo* es más latina por su espíritu que la de prosistas que abusan del hipérbaton. Cuando Lázaro, en el Tratado tercero, nos dice: “Andando así discurrendo de puerta en puerta...” en un estilo lleno de celeridad y movimiento, de preguntas y respuestas ;no imita acaso, el ritmo, las circunstancias y hasta cierto punto la intención, la manera de Horacio (Sátira I, IX): *Ibam forte via sacra*. Sobre la sátira latina proyecta los otros elementos del tratado, hasta llegar al final con el proceso. Horacio huye del charlatán, aquí es el charlatán quien huye de Lázaro: “Pues estando en esto, entró por la puerta un hombre y una vieja. El hombre pide el alquiler de la casa y la vieja el de la cama”. El autor del *Lazarillo* amplifica el *Casu venit* de la sátira.

Los continuadores del *Lazarillo* lo han interpretado en lo que se refiere a su intención y a su origen de distinta manera. El anónimo autor de la segunda parte (Amberes, 1555) lo coloca en la línea del *Asno de oro* de Apuleyo, lo transforma en atún. Probablemente tenía a mano la edición de 1551, de la traducción de López de Cortegana. Menéndez y Pelayo (*Bibliografía*, 146): Imitación directa de Apuleyo, no encontramos ni en el *Lazarillo* ni en sus continuaciones (la de los atunes está evidentemente calcada en la *Historia verdadera* de Luciano)”. Pero de todos modos toca el tema grato a Ovidio de las transformaciones, tan repetido en el siglo XVI y XVII. Juan de Luna, racionaliza irónicamente y vuelve verosímil la transformación de Lázaro. Su continuación acentúa el carácter anticlerical del *Lazarillo* con vocabulario de tradición retórica y con espíritu enconado. Era imposible continuarlo porque para esta obra se necesitaba el talento de su autor, el secreto de su fina ironía.

El tratado final del *Lazarillo* contiene también reminiscencias de Plauto. No sé la fama que tendrían los pregoneros en el siglo XVI, pero Lázaro llega a serlo con todos los atributos del pregonero romano viviente en Horacio, Marcial, Plauto, Quintiliano, Cicerón, Tito Livio, Petronio, Apuleyo (véase Daremberg y Saglio, t. IV, ps. 609 y sigts., art. *praeco*). El Arcipreste del Salvador procede como el viejo del epi-

grama de Marcial, que prefiere para su hija, entre varios grupos de rivales de jerarquía, al pregonero (VI, 8).

El horacianismo de expresiones del *Lazarillo* debe ser estudiado prolijamente. Cuando el ciego le hace dar a Lázaro una gran calabazada en el toro de piedra, le dura más de tres días “el dolor de la cornada”. No dice “el golpe”, sino cornada, porque sabe con el proverbio (*Sátiras* 2, 1, 52) que el toro hiere con los cuernos: *cornu taurus petit*, aunque no los tuviera el animal de piedra. El juego de la metáfora adquiere un valor sabio y es casi pura técnica latina. *Quot capita, tot sententiae*, escribe el Bachiller a Guevara, al comunicarle los distintos juicios que se hacen de sus obras; recordaría a Horacio (*Sat. II*, I, 27-28): *quot capitum vivunt, totidem studiorum milia*, con todas las formas que esta sentencia adquiere entre los latinos: *Quot homines, tot sententiae*. Por otra parte, según Horacio (*Ep. II*, 2, 58-61), no todos tienen las mismas admiraciones y gustos. El autor del *Lazarillo* traduce casi literalmente: *Renius quod tu, iubet alter*: “lo que uno no come otro se pierde por ello”. Y, en fin, toda la intención pertenece a este tema horaciano tan parafraseado por los escritores de la época.

En 1546 se publicó el tomo de *Obras* de Cervantes Salazar. En su continuación del *Diálogo de la dignidad del hombre*, Cervantes Salazar habla de la fama, es decir, toca un tema del Renacimiento (cito con la edición de 1772): “Por lo cual, en la primera Tusculana, dijo Cicerón: *La honra sustenta las artes...*” El prólogo del *Lazarillo* vuelve a este tema con sobriedad irónica. Trae la misma cita: “Y a este propósito dice Tulio: la honra cría las artes”. Séneca con su acostumbrado análisis lo tocó en las *Epístolas morales*, en la ciento dos. Atribuye Séneca a un antiguo poeta el dicho: *Laus alit artes*. Cicerón, citado por Cervantes Salazar y en el prólogo del *Lazarillo*, escribe: *Honos alit artes*. Nuestro autor cita el *honos* de Tulio, pero piensa también en el *laus* de Séneca. La cita era obligatoria al tratar el tema. Si el *Lazarillo* tuvo presente a Cervantes Salazar no pudo ser escrito antes de 1546.

Cosa sabida es que el genio del mal de los griegos fué la Necesidad. Esta Necesidad que ha tentado al mismo Lope de Vega: “Necesidad y yo”, que impele todavía al mal, pues carece de leyes, abarca una importante zona del pensamiento

latino; impulsa al pecado en la Edad Media; hace decir al Mio Cid del *Romancero*:

*Rogarles heis de mi parte
que me quieran perdonar,
que con la acuita lo fice
de mi gran necesidad.*

Las necesidades de la existencia, las *vitae necessitates* de que hablan los romanos, son no sólo necesidades personales, lo son también del estado, del príncipe. Apartémonos del idealismo platónico y pongámonos en la cruda realidad. ¿Cómo ser bueno entre los hombres que no lo son: *infra tanti che non sono buoni?* Estamos con *Lazarillo de Tormes* en el *Príncipe* de Maquiavelo. En el escritor florentino se inspira la conducta de Lázaro. Dice Lázaro que escribe su vida “porque consideren los que heredaron nobles estados, cuan poco se les debe, pues Fortuna fué con ellos parcial, y cuanto más hicieron los que siéndoles contraria, con fuerza y maña salieron a buen puerto”. *O per fortuna o per virtu*, afirma Maquiavelo. “Fuerza y maña”, según Lazarillo, virtud y fuerza *o con le armi d'altri o con le proprie* (*Príncipe*, 1). En el Capítulo XV del *Príncipe* está una de las fuentes más importantes de la filosofía que conduce a Lázaro “a la cumbre de toda buena fortuna”. El concepto pesimista del hombre que Lázaro pudo aprender en el capítulo XVIII del *Príncipe* lo llevó al triunfo. La astucia, el engaño son la llave del éxito. Es necesario ser gran simulador y disimulador (*gran simulatore e dissimulatore*). Como los hombres no son buenos, no es justo ser bueno y leal con ellos. Las buenas cualidades más bien dañan al Príncipe, y si parece que las tiene sin tenerlas, le son útiles. Este conocimiento de la vida humana que nace de una experiencia, penetra en la sátira del *Lazarillo*; le da un sedimento de amargura de que carece la sátira latina. Podríamos decir que la novela picaresca descende en parte del escritor florentino. Lo mismo que Maquiavelo al decir que su libro nace de lo que logró saber en tantos años “con tantas fatigas y peligros” (*e con tanti mia disagi e pericoli*), ofrece el suyo Lázaro para que “vean que vive un hombre con tantas fortunas, peligros y adversidades”. Si Maquiavelo no lo-

gró formar un perfecto príncipe, creó al menos un perfecto pícaro; extrajo una filosofía tenebrosa de su experiencia del mundo.

No se podría decir que la novela picaresca sea sólo parodia del libro de Maquiavelo; encierra muchos otros elementos, pero la actitud de su personaje ante el mundo engañoso es la del príncipe que debe aprender a engañar sabiamente.

Si el autor de *Lazarillo* siguió las indicaciones del *Arte Poética* de Horacio al hacer hablar a sus personajes, quizá no haya olvidado a Aristóteles que dice que la tragedia quiere presentar a los hombres mejores de lo que son en la realidad y la comedia peores (*Poética*, 2).

Arturo MARASSO